

Raro García Ponce

Julio Ortega
(Brown University)

Juan García Ponce obtuvo ayer el Premio Juan Rulfo de Literatura que concede la Universidad de Guadalajara en México [dotado de cien mil dólares es el más importante premio latinoamericano a la obra de un autor de hispanoamérica], y la ocasión debe recuperar a un escritor insólito y secreto, autor de más de cuarenta libros de narrativa, ensayo y teatro, dedicados a la pasión de la mirada, el eros y la escritura. En España se ha publicado una de sus novelas mayores, *Crónica de la intervención* (Bruguera, 1982), un ensayo sobre Robert Musil, *El reino milenar* (Pre-Textos), el tomo de crítica Musil, *Borges, Klossowski* (Anagrama, 1981), y la fundamental compilación de siete de sus relatos extensos o novelas breves, *Short stories* (Alfaguara, 1997). Aún no ha tenido, en América Latina, ni siquiera en México, la atención que merecía.

Desde comienzos de los años 60, García Ponce, tanto como Salvador Elizondo, otro gran escritor secreto, ha hecho suya una literatura libre de las obligaciones nacionales y las sagas históricas, afincada en un espacio puramente anímico, corporal y sexual, donde el mundo sólo tiene el sentido de las verificaciones mutuas y las indagaciones cómplices. De uno a otro libro, como si fuera rehaciendo el mismo texto para construir una sensorialidad más lúcida y plena, su prosa se despliega en un ardimiento sosegado, desarrollando la estrategia del deseo, y ensayando dar cuenta del cuerpo poseído, sin fin y sin comienzo, verdadero abismo del lenguaje. Con elegancia pero también con perversidad, este plan del *voyeur* inocente, o sea, del eros sin culpa, está animado por el ligero arrebató de la ironía y las prácticas confesas (fetiches, crueldades, fantasías) de una impecable ars amatoria en cámara lenta.

Conocí a Juan García Ponce en la casa de Margo Glantz el verano de 1969, durante mi primera visita a la ciudad de México. Ya entonces había publicado dos formidables relatos, *Figura de paja* (1964) y *La casa en la playa* (1966). Esos textos, así como la aguda demanda de su fe literaria, lo habían convertido no sólo en un término de referencia para los más jóvenes (pienso en la extraordinaria voluntad innovadora de escritores como Héctor Manjarrez y Jorge Aguilar Mora) sino en una figura capaz de vivir el arte como plenitud. Su culto personal del ensayo (sobre autores y textos a los que parecía capaz de dedicarles la vida) así como a los pintores (quizá, sin ironía, su compromiso más inmediato con su época), lo convertían en un joven maestro, hecho en el riesgo y la fe, esas virtudes de radicalidad creativa. Más tarde, lo vi en su silla de ruedas, en la redacción de "Plural," con el mismo humor joven que lo animaba. Me pareció que las literaturas seguían de largo, según la tendencia del día, pero que la escritura de García Ponce era ya un territorio propio, aparte y privado, donde se cumplían las ceremonias de su fidelidad artística como la exploración de una perpetua primera página. Esta página lleva ya muchos tomos, pero sigue proponiéndonos, en cada uno de ellos, el recomienzo del lenguaje entre los labios y los dedos, entre la voz y la letra. Hay que agradecerle al Premio Rulfo que nos recobre a este escritor admirable, para volver a esa primera página y merecerla por fin.

Octavio Paz advirtió el carácter seductor de la obra de este discípulo de Sade y Bataille, que se complace en el crepúsculo finisecular de Musil: "en casi todas sus novelas y cuentos la inocencia está siempre aliada a esas pasiones

que llamamos malas o perversas: la crueldad, la ira, los delirios de la imaginación exasperada y, en fin, toda esa gama de placeres que reprobamos y que, al mismo tiempo, nos fascinan." Y añadía que estos relatos son "alternativamente ceremonia libertina y misterio sacro." En uno de ellos, *Inmaculada o los placeres de la inocencia* (1989), cuyo título evoca a sus maestros del XVII francés, un pintor se dedica a explorar la desnudez de sus modelos para lograr el desnudo por fin poseído. "Las sesiones también tardaron bastante," leemos, y esta declaración, en un texto erótico, es todo un "understatement." En otro relato, *El gato* (1972), una pareja convierte al susodicho en ritual propiciador. Como en las mejores obras del género, esta declaración pone las cosas en orden: "Los dos se entendían bien, incluso puede decirse, si eso tiene importancia, que se querían..." Pero más que por su argumentación, estas novelas importan por la lucidez de una conciencia que hace del acto erótico una ceremonia de la escritura. Se trata de una escritura imparcial, de un acto sin fin, variable y fanático, y de una conciencia sin pupilas, abierta y ardiente. Como sus ensayos prueban, García Ponce es todo menos un escritor casual, y aun cuando sus relatos prodigan escenas y secuencias alrededor de sus fulguraciones palpables, nada en su discurso es divagante. Todo se decide en ese acopio de la mirada que observa la ceremonia de la intimidad como la revelación de un misterio nunca del todo revelado. Ese desvelo, esa duermevela, tienen la prolijidad de Sade, la provocación de Bataille, el claroscuro de Musil. Pero, antes que nada, estas historias recobran para los sentidos la libertad de su reconocimiento como si se debiesen del todo al poder del deseo. No al "tiempo libre" ni al "tiempo real" sino al más demorado de todos, al de una subjetividad no ocupada por el mercado ni programada por el estado. A la imaginación de esa pareja improbable, estas novelas dedican un espacio utópico, su amparo sin lugar.

Musil había escrito, nos recuerda García Ponce, que en Cacanía (ese lugar cuyo nombre es inolvidable), "la constitución era liberal, pero el régimen clerical. El régimen era clerical, pero los habitantes librepensadores. Todos los burgueses eran iguales ante la ley, pero precisamente no todos eran burgueses." Allí, "se actuaba siempre de modo diferente a como se pensaba, o se pensaba de modo diferente a como se actuaba." Por lo mismo, el territorio abierto por la obra de García Ponce ocurre en los extramuros de ese país de "libertad puramente negativa." Porque el eros es en sus libros de una rara empatía religadora. Y, por eso mismo, el único cuento de nunca acabar. Confinado a una silla de ruedas hace treinta años, a causa de una cruel enfermedad, García Ponce no ha dejado de escribir, y lo ha hecho como si tuviese todo el tiempo por delante, gracias a la "cantidad hechizada" que recomendaba José Lezama Lima, y al goce favorable que propiciaba Julio Cortázar. Como esos devotos maestros del eros súbito, Juan García Ponce ha cultivado la pasión minuciosa de vencer los límites del cuerpo con el lenguaje que mejor lo excede.